

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 487.

MURCIA 20 DE AGOSTO DE 1899.

La Juventud Literaria

LANCES DE HONOR

Eso de los lances ya pica en historia, por cualquier motivo, por cualquiera cosa, siéntense ofendidas bastantes personas, y hay por consiguiente que lavar la honra concertando un duelo á sable ó pistola, lo cual, que resulta pasado de moda; ahora lo que priva es darse de tortas con mucha elegancia y en tono de broma, sigan mi consejo los que se alborotan, por una palabra más alta que otra, nada de ir al campo ni buscar la sombra, ni llevar padrinos igual que una novia, nada de buscarse que la sangre corra, porque de ese modo, porque de esa forma, si la honra se lava se mancha la ropa. Hacerme á mi caso, la razón me sobra, las tortas, y en caso que no estén sabrosas, se encargan pasteles, se llena la boca, y el lance resulta de ojalde sin hoja, sin hoja de... acero, que siempre ocasiona trastornos y lances de bastante monta

FRANCISCO DELGADO.



EL SUICIDIO PROFESIONAL

El telégrafo nos ha comunicado la noticia de que el teniente Rossman, ayudante del difunto czarévitch, se ha pegado un tiro por haber faltado á su deber, dejando á su amo y señor morir solo en medio de un camino.

Varios son los personajes históricos que se «han quitado de en medio» por razones análogas.

Vatel, el cocinero inimitable, en una fiesta ofrecida por el gran Conde al rey Sol, dejó de servir los vinos.

Unos dicen que se atravesó con su espada el pundonoso cocinero, otros, que con el asador... Allá ellos.

Después de Vatel conviene citar al escultor que ejecutó la estatua ecuestre del rey Luis XII de la puerta del castillo de Blois.

Este artista advirtió un día que el caballo descansaba sobre la pata y la mano del lado derecho.

Desesperado, no pensó en que esa actitud puede ser natural, y se suicidó.

En 1832, Escousse y Lebras, no pudiendo soportar que su obra «Raymond» hubiera sido pateada, se dieron muerte por el conocido procedimiento del carbón á medio encender.

El barón Gros, autor del cuadro «Los apastados de Saffa», creyó del caso tirarse al río porque la gente huía de su cuadro, como si aquellos apastados fueran reales y efectivos.

Hacia 1840, en el sitio en que se construye hoy en Paris el puente de Alejandro III, habia otro que se vino abajo sin previo aviso. El arquitecto se levantó la tapa de los sesos.

En 1878, el autor de los depósitos de agua de Mantsouris, en cuanto supo que se habia hundido se metió una onza de plomo en la cabeza.

Los arquitectos son más suicidables que nadie.

Soufflot autor del «Panthéon», se dejó morir de hambre porque le dijeron que su obra no duraría mucho.

Y otro, autor de una iglesia, tuvo la desgracia de oír á Napoleón III, que al entrar en ella murmuró:

¡Dios mío, qué feo es esto!

El arquitecto se pegó un tiro...

Hemos convenido en que es bueno tener amor propio...

¡Pero no tanto!



RAYOS

—¿Ese quién es?

—Es un ser

que, sin temor á la crítica, se ha llegado á enriquecer.

—¿Cómo?

—Pardiendo en política todo lo que hay que perder.

—¿Quién es ese?

—Un empleado.

—¿Qué sueldo tiene?

—Tendrá

mil pesetas.

—¿Mil pesetas?

¿Y cómo puede gastar tanto lujo?

—Es un misterio... como el de la Trinidad.

—¿Quién es esa?

—Una viudita.

—Chico ¿qué elegante val ¿y de qué vivé?

—Pues vivo...

vamos, de la viudedad.

—¿Quién es ese que ha pasado?

—Uno que de día y noche va en coche. Estaba tronado, mas llegó á ser diputado y hoy el hombre tiene coche.

—¿Quién es aquel?

—Un cesante.

—Me choca que ande tan majo.

—Es que de Cuba se trajo...

—No pases más adelante.

—¿Quién es esa?

—Una parienta

de uno que cuenta de renta con un millón

—Decir siente

que eso es cuento.

—Será cuento,

mas cuento lo que se cuenta.

—Y ese joven demacrado, que no se puede mover, di ¿quién es?

—¡Quién ha deser! ¡un infeliz repatriado!

VICENTE RUBIO

EL ZAPATERO Y EL MARQUÉS

—Buenos días, zapatero.

—A la orden de V. E., señor marqués.

—Extrañarás que abandone mi coche para penetrar en este miserable y oscuro chifritil.

—Me asombro muy pocas veces. Y en cuanto á lo de miserable y oscuro, perdona V. E. que te diga que ni aquí hay miseria, ni falta luz bastante para echar unos tacones y unas medias suelas con todo primor, y sin necesidad de ponerme las gafas... Pero ¿á qué debo el honor de?...

—Vengo á hacerte una pregunta.

—Ya supongo que V. E. no vendría á mandarme hacer un par de botas en casa del pobre zapatero remendón, y hace mal V. E., pues yo le haría unas botas hasta allí; porque las que lleva el Sr. Marqués no son muy buenas, que digamos: tienen mucha apariencia, eso sí, pero lo que es la duración...

—Tú eres viejo, pobre, desgraciado, y estás alegre; no cesas de cantar y de reír; yo soy joven, rico, afortunado, y siempre estoy triste, no hago más que bostezar y aburrirme. Dame una explicación de todo esto.

—Pues es muy sencilla. Yo me conformo con mi vejez, me acomodo á mi pobreza, y sufro con resignación las penas que Dios me envía; V. E. gasta su juventud en el deleite, desea más de lo que posee, y su soberbia no puede acostumbrarse á ningun revés de fortuna, por eso yo, con mi cara arrugada y mis cabellos blancos, soy más joven, porque tengo el corazón de niño y la conciencia sin remordimientos; soy más rico, porque nada ambiciono; soy más feliz, porque, acostumbrado á despreciar el placer, me cuesta poco trabajo despreciar el dolor.

—¿Dónde has aprendido tanta filosofía?

—Machacando suela.

—¿No cambiarías tu portal por mis palacios?

—Una moneda de cobre no puede cambiarse en monedas de oro.

—¿No me tienes envidia?

—Por lo visto soy aquí el envidiado.

